LIBRO II.

Doña Juana, Infanta de Castilla y Archiduquesa de Austria.

I.

Desposada por poder Doña Juana, y dispuesta ya la armada que desde Laredo había de conducirla á Flandes, salió la reina Doña Isabel de la villa de Almazán con dirección á aquel puerto, donde esperaba la escuadra compuesta de ciento veinte navíos (1) de alto bordo, muy bien aderezados y provistos, y prestos á embarcarse en ella quince mil hombres escogidos, mandados por D. Sancho de Bazán. No pudo el Rey Católico despedir á su hija en la armada por haber tenido que ir á Gerona á fin de aprestarse á la defensa contra el Rey de Francia, que amenazaba venir sobre Perpiñán.

Casi al mismo tiempo que la Reina, llegó á Laredo Doña Teresa de Velasco, acompañada de muy honradas dueñas, y con ella sus hijos y muchos deudos y caballeros, todos los cuales se embarcaron con la Infanta el día 20 de Agosto (2) de 1496.

Durmió la Reina en la mar con su hija dos noches para más animarla en su viaje, y al fin despidióse de ella con muchas lágrimas, pensando una y otra que nunca más se habían de volver á ver. Tenía á la sazón la Infanta Archiduquesa 17 años.

El príncipe D. Juan envió algunos caballos, aderezados á la jineta, para el Archiduque, de los cuales fué encargado un caballero de Toledo llamado Juan Gaitán (1).

Hízose á la vela la armada y salió de Laredo el 22 de Agosto. Llevaba el cargo de capitán general de ella D. Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, y á sus órdenes iban el Conde de Melgar. su hermano y Gómez de Buytrón y otros muy principales caballeros por capitanes de la gente de guerra. Llevaba la Archiduquesa gran casa. Con la mayor solicitud había atendido la reina Doña Isabel al cuidado de ordenar y disponer la servidumbre de su hija. Iban en su servicio D. Luís Osorio, obispo de Jaén; don Diego de Villaescusa, maestro en Sagrada Teología, por su capellán mayor; por mayordomo mayor D. Rodrigo Manrique su copero mayor; Francisco de Luján, caballerizo mayor; D. Juan Vélez de Guevara, trinchante; Diego de Rivera, camarero; Martín de Moxica, tesorero; Francisco de Alcaraz, contador; Pedro de Godoy, veedor; maestre-salas, Martín de Tavara y Hernando de Quesada; camarera mayor, Doña Beatriz de Tavara, condesa de Camiña; dueñas de honor, Doña María de Velasco, madre del Almirante de Castilla; Doña Ana de Beamonte, hermana del Condestable de Navarra, y Doña María de Villegas; damas, Doña María de Aragón, hija del Condestable de Navarra; Doña Blanca Manrique, sobrina del Duque de Nájera; Doña María Manuel, hija de D. Juan Manuel; Doña María Manrique, hija de D. Pedro Manrique; Doña Francisca de Ayala, Doña Aldara de Portugal, Doña Beatriz de Bobadilla, sobrina de la Marquesa de Moya, y Doña Angela de Villanova. Llevó asimismo otros muchos oficiales para el servicio de su casa (2).

Comenzó su viaje con buen tiempo, mas después «se le recreció fortuna á los 24 de Agosto, y duró ocho horas y volvióles bonanza

^{(1) «}Más de cien velas, dice Estanques, entre las cuales había dos carracas genovesas de muy gran porte, que llevaban muchas mercaderías, é iban en esta armada casi diez mil hombres de guerra, porque habían de pasar por el mar de Francia y se temían.»—Armada y provisiones para llevar á Flandes á Doña Juana cuando fué á casarse con el archiduque D. Felipe. (Archivo de Simancas y Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo viii.)

⁽²⁾ Según otros el 16.

⁽¹⁾ Padilla .- Fragmentos.

⁽²⁾ Padilla.-Zurita.

ya que la armada quería entrar por la canal de Flandes. El almirante D. Fadrique envió siete navíos á correr la costa de Bretaña, los cuales tomaron dos naos bretonas, y otro día se juntaron con el armada. Y llegando cerca de Flandes se levantó viento contrario, de manera que fué forzado á la armada acogerse á un puerto de Inglaterra llamado Portland, que es playa descubierta de aquel viento, lo cual causó que se vió en aprieto el armada, y una carraca topó con un navío vizcaino y lo echó á fondo, mas salvóse la gente dél que estaba en el alto. La Archiduquesa estuvo dos días en esta atalaya, á donde vinieron muchas damas y caballeros de la tierra á besarla las manos, y se proveyó la armada de refresco y de todo lo necesario. Luego que cesó este viento refrescóles otro más próspero, é hiciéronse á la vela la vuelta de Flandes (1). Y como los bancos son peligrosos de pasar, la Archiduquesa se embarcó en una nao vizcaina y se desembarcó de la carraca. Después tocó sobre el banco del Monje la otra carraca genovesa, donde venía por capitán D. Juan Enríquez, hermano bastardo del Almirante, que después fué Obispo de Osma; y venían con él muchos caballeros y Diego de Rivera, camarero de la Archiduquesa, con toda la recámara, de la cual se perdió gran parte y muchas otras joyas de personas particulares; mas salvóse toda la gente que venía en ella [2]. Todos los demás navíos de la flota llegaron á salvamento con la Archiduquesa, día de Nuestra Señora de Septiembre, á un puerto de Holanda llamado la Ramua (3), y luego la Archiduquesa se desembarcó y fué aposentada en la mejor casa de este lugar. Y no fueron acabados de desem-

(1) El 2 de Septiembre, según Zurita.

barcar cuando se levantó tan grande tempestad que se pensaron perder todos los navíos de la flota» (1).

En este mismo día vino á besar las manos á la Archiduquesa Doña María Manuel, mujer del bastardo Balduin de Borgoña, el cual se casó con ella cuando vino á España por embajador del emperador Maximiliano á tratar los casamientos de los Príncipes. Esta señora estaba en Zelanda, en un lugar llamado Suburque, con su cuñada madama de Ravastain, la vieja, hija del duque Felipe de Borgoña. La Archiduquesa se holgó mucho con Doña María Manuel, y estuvo en este lugar cuatro ó cinco días aguardando que se acabasen de desembarcar su casa y criados y las de los que la acompañaban. Concluída esta operación, Doña Juana se fué á Bergas (2).

II.

Pero volvamos por un momento siquiera la vista á su atribulada madre la reina Doña Isabel. De Laredo vino á Burgos, «donde estuvo muchos días congojada por su hija, deseando en extremo saber de ella, porque como había ido á boca de invierno, temía no le sucediese alguna tormenta, ó no pudiesen pasar los bancos de Flandes. Y para esto tenía consigo personas de la mar que la decían los vientos que corrían para tomar algún descanso» (3).

Estando en esta congoja le vino nueva cómo la Reina, su madre, que residía en Arévalo había fallecido. «Y como estuviese S. A. tan desconsolada, la quiso Nuestro Señor alegrar, trayéndola nuevas de cómo su hija Doña Juana había llegado á salvamento en Flandes con toda la armada, excepto que una carraca de las dos que iban en la armada se había hundido á vista de todos en los bancos que llaman de Flandes, y lo mismo había

⁽²⁾ Según Zurita, ocurrió este desastre á cinco leguas de Ramua. Encalló la carraca genovesa en que iba la recámara y más de 700 personas. Como la mar estaba muy brava, aunque acudieron muchos barcos en su socorro por estar tan cerca de tierra, no se pudo salvar la recámara, cuya mayor parte se perdió, anegándose también mucha gente.

Añade el mismo historiador que al pasar la flota por el puerto de Medelburg, en Zelanda, hallábanse en él unas 80 naos bretonas, las cuales antes que la armada de España llegase, se salieron y encerraron en otro puerto. No consintió el Almirante que se les hiciese daño ni ofensa alguna por estar aseguradas en todos los puertos de Flandes.

⁽³⁾ Rotterdam.

⁽l) Padilla.

⁽²⁾ Padilla. Bergen-op-Zoom.

⁽³⁾ Estanques.

hecho una caravela que se había juntado con ella; de manera que ya no le daba congoja, sino el deseo de ver y abrazar á la princesa madama Margarita, su nuera» (1).

En Bergas fué recibida la Infanta Archiduquesa con gran solemnidad, siendo aposentada en casa del señor de este lugar, caballero muy principal del Orden del Toisón, ayo que había sido del Archiduque y entonces su camarero mayor.

A la sazón estaba el archiduque D. Felipe en el condado del Tirol con el Emperador su padre; y luego que la Archiduquesa desembarcó en Ramua, el Petit Salazar, que era embajador del Archiduque y venía de España, le hizo correo como era llegada la Archiduquesa, y á causa de la guerra que había entre Francia y España no se pudo hacer correo por tierra desde Laredo, y por esto el Archiduque no pudo venir á Bergas. Lo cierto es que por más que el cronista Padilla trate de disculpar al Archiduque en su tardanza en venir á esperar y recibir á su esposa, no anduvo este muy galante ni aun diligente, y lo mismo puede decirse del emperador Maximiliano. ¡Cuán diferente recibimiento se hizo en nuestras costas poco tiempo después á la princesa Doña Margarita!

Después de haber descansado algunos días la Archiduquesa en Bergas, se dirigió á Amberes, donde fué pomposamente recibida, aposentándose en la abadía premostratense llamada San Miguel. Pasó de allí á Lila, donde al cabo de diez ó doce días de estancia en esta ciudad, llegó el Archiduque seguido de muy poca gente, por venir apresuradamente en posta. «Luego esta noche fué á ver á la Archiduquesa. Y como se apeó, el almirante D. Fadrique Enriquez y todos los otros caballeros que venían con la Archiduquesa, le vinieron á besar las manos, y el Archiduque les hizo muy buen rescibimiento, y esa misma noche (la del 18 de Octubre) se desposaron por manos de D. Diego Villaescusa, capellán mayor, y no lo hizo D. Luís Osorio, obispo de Jaén, porque era muerto en el camino. Y luego esa misma noche consumaron el matrimonio y otro día se casaron (2).»

(1) Estanques.

«En este lugar estuvieron pocos días y volviéronse á Amberes, donde les fue hecho grand rescibimiento; y á esta villa vino madama Margarita, muy acompañada de damas y caballeros de la tierra, y con ella Francisco de Rojas, embajador del Rey y la Reina, el cual se había desposado con Madama en nombre del príncipe D. Juan.»

Ocurrió en esta ceremonia un incidente gracioso que hallamos consignado en un códice de la Real Academia de la Historia, escrito en letra de aquel tiempo. Dice así:

«En los desposorios de madama Margarita con el príncipe Don Joan de Castilla, envió la reina católica Doña Isabel á Francisco de Rojas para se desposar con ella por el Príncipe, hombre bien avisado pero algo escasso. Llegado á Flandes, Antonio del Valle le dió una ropa de brocado de tres altos, y el dia que habia de hacer la cerimonia de acostarse en la cama de Madama, Antonio del Valle le dixo que mirase si iba bien adereçado, que se había de desnudar en calças y jubon, y él dixo que sí, y al tiempo que se desnudó lleuaua tales calças que se le salia la camisa por detrás.»

«Hubo en Amberes, por este desposorio, grandes fiestas y juegos. Estuvo en esta ciudad madama Margarita cuatro ó cinco días, y pasados se partió para el puerto de Ramua. Fueron con ella el Almirante y su hermano y todos los caballeros que vinieron con la Archiduquesa, y estuvieron muchos días y meses en Gelanda (1) aguardando tiempo para pasar á España, en los cuales murieron más de nueve mil personas de la armada, de los fríos y falta de bastimentos y otras cosas necesarias (2).»

Altamente vituperable fué en esta ocasión la conducta apática é indiferente del archiduque D. Felipe con los españoles que fueron acompañando á su esposa desde España y que habían de acompañar después á su hermana, dejándolos morir de hambre y de frío en aquellas heladas é inhospitalarias playas de sus dominios. Hé aquí en qué términos se expresa un renombrado escritor coetáneo, tratando de este particular:

(2) Padilla.

⁽²⁾ Es decir, se velaron, «por mano del Obispo de Cambray», añade Zurita.—Crónica de Padilla.

⁽¹⁾ Zurita dice que la culpa de esta tardanza fué del Archiduque.

«Ex his qui Joannam comitati sunt, boreali frigore concreti et fame majori ex parte consumpti sunt: interclusi namque patriæ, illius septentrionalis, horroribus, assueti siccitati Hispaniæ, atque aëris clementiæ hybernæ, ferre densitatem illam minime potuerunt: apulsa est tandem optata Margarita ad portum, qui eam ad soceros et pubescentem sponsum comitentur, multi proceres destinantur» (1).

Recibieron los Reyes Católicos, estando en Burgos á fines de Octubre, aviso de que el Almirante de Castilla por haber enfermado en Flandes, no podía volver con la armada que había de conducir á la princesa Margarita; y como la venida de esta á España urgía, nombraron por capitán que la condujese á Gómez de Buytron.

Cuando madama Margarita se partió de Amberes, fuéronse los Archiduques á Bruselas, donde se les hizo gran recibimiento. Vinieron en esta ciudad á besar las manos á la Archiduquesa todos los principales nobles de Flandes, y ejecutaron vistosas justas y torneos. Entre todas estas fiestas sobresalió una justa de tres por tres en el mercado de la ciudad. Tres caballeros justaban por la Archiduquesa y tres por madama Margarita. Los de la parte de la Archiduquesa fueron M. de Ravastain, Felipe de Visan, camarero del Archiduque y un gentilhombre que se llamaba Valen, los cuales salieron de colorado con ciertas divisas encima que se decian jinetes. Por parte de madama Margarita salieron Andrés de Zuae, Juan de Terramonda y Sant-Simon, vestidos de blanco y encima una margarita. A los primeros encuentros derribó M. de Ravastain á Zuae y á su caballo, quedando este muerto. Los otros caballeros de ambas partes pelearon tan bien que se derribaron los unos á los otros en los encuentros, de modo que solo quedó en pié M. de Ravastain. Verificóse esta justa con velmos al gran escudo y á la luz de blandones; acabada, todos los caballeros se vinieron á la casa del concejo de la ciudad, donde les sirvieron espléndido banquete, y después de cenar hubo grandes regocijos de música y danzas, terminando estos por la entrega á M. de Ravastain del premio ofrecido al vencedor. De allí se fueron todos á palacio.

Siguieron por algún tiempo los Archiduques en Bruselas, donde con frecuencia había justas, torneos y otros ejercicios; y como D. Felipe era mancebo y alegre, continuamente entendía en cosas de placer y regocijos de armas. La casa de la Archiduquesa quedó arreglada de esta manera: fué nombrado caballero de honor, el Príncipe de Chimay; mayordomo mayor un caballero portugués llamado Cristóbal Barro, que se había criado en Flandes; caballerizo mayor Charles de Lautrec. Los caballeros que tenían estos oficios se volvieron á España, excepto D. Rodrigo Manrique que se quedó por Embajador.

III.

Poco tiempo después viendo los Reyes Católicos que el archiduque D. Felipe no cumplía lo capitulado en el casamiento con Doña Juana, y que tardaba en volver la flota que condujo á esta Infanta, enviaron á Flandes al Obispo de Catania con la importantísima instrucción siguiente:

«El Rey é la Reyna.

»Lo que vos el R.do in Xpo. padre obispo de Cathania, del nuestro Conseio, haues de negociar en esta yda que agora vays á flandes por nuestro mandado, es lo siguiente:

»Primeramente luego en llegando á Flandes dareis nuestra carta de creencia que lleuays para el Almirante, por virtud de la qual le direys que nos vos enviamos al Archiduque nuestro fijo para procurar que de á la Archiduquesa, su muger, nuestra fija, los veinte mil escudos de renta questá assentado que le haya de dar para sustentacion de su casa y stado, porque hauemos sabido que no ge los ha dado, y para procurar que no echen de casa de

⁽¹⁾ Pedro Mártir de Angleria.—Epist. 174.— Aunque repetidas veces transcribimos en es e Estudio varios pasajes de las epistolas de este escritor, conviene tener siempre presente el juicio que acerca de él emite Jerónimo de Zurita y que es en efecto muy exacto. Dice que escribía todas las nuevas de la corte á diversos Grandes y Prelados de Castilla y de Italia, de la manera que él las podía saber y las solía encarecer á su fantasía.